

NUESTRA UNIVERSIDAD ¿HACIA DONDE?

Ponencia presentada en el Foro «Universidad para el hombre del siglo XXI»

Por Rodrigo Velasco Ortiz
Profesor UNAB - Director Local
Maestría en Educación

Plantear la universidad del futuro implica para mí dos miradas previas, una hacia atrás y otra hacia el entorno. Ello supone una búsqueda de respuestas a varios interrogantes: ¿Quiénes somos como cultura y como institución educativa? ¿Quiénes hemos sido en el pasado? ¿Qué cosas consideramos exitosas y cuáles no? ¿Qué posibilidades y qué tendencias percibimos actualmente?

Presentaré a continuación las características que, a mi juicio, pesan más en nuestra configuración social y cultural.

Respecto al pasado nacional y continental, se evidencia un rasgo definitorio, que atraviesa de lado a lado, que penetra profundamente todas nuestras instituciones: tenemos serios problemas de identidad. Pueblo descendiente de amos y de esclavos, hijos de vencedores y vencidos, somos el más grande ejemplo, en toda la historia de la humanidad, del avasallamiento religioso, político, económico, cultural de una etnia que se mezcla con otra: los caracteres genéticos produjeron una «raza», si así puede llamársele,

equilibrada, dosificada; pero los caracteres culturales han mostrado un desequilibrio fenomenal, abismal. Ello ha producido como consecuencia el poco autoaprecio, la imitación y la dependencia en todo sentido. Usamos ropas «de otra talla» y siempre nos quedan mal; desconfiamos de nuestra realidad y soñamos con imposibles ónticos: nuestro proyecto, terrible es decirlo, ha consistido en ser otros, en renunciar a nosotros mismos.

Desde el punto de vista de las mezclas, por otra parte, hemos sido el crisol racial y cultural que facilita la creatividad y la innovación, el sincretismo y una relativa heterodoxia. Al menos en este aspecto, el valor humano de la tolerancia está entre nosotros mejor fundamentado que en otras latitudes. A pesar de tener el habitat más rico del planeta, la histórica relación económica con la metrópoli ha favorecido la institucionalización, interna y externa, de la desigualdad, de la inequidad. Este rasgo, explicitado en todos los órdenes de la vida social, ha favorecido la insolidaridad, el desinterés por lo público, por el bien común. La permanente violación de las leyes no nace de una supuesta indisciplina étnica ni de una incapacidad para el orden sino de la profunda conciencia de que el

ordenamiento, incluyendo el jurídico, es injusto por favorecer intereses ajenos a las mayorías. Proverbial es la inteligente frase del colono: «Aquí se obedece pero no se cumple».

Otro atributo de nuestro ser es el «mestizaje», valga el término, en diferentes ámbitos: somos modernos, posmodernos y premodernos, simultáneamente; con ganas de autonomía y mecidos por fuerzas externas, desencantados del fracaso de modelos en los cuales nunca creímos seriamente; con paciencia secular y con permanentes levantamientos, con enorme astucia para el «rebusque» en condiciones extremas y con mente cuadrada para repetir fracasos; abiertos a las últimas tecnologías y también a las penúltimas y a los ancestrales ritos mágicos.

En nuestros sistemas educativos, reflejos y productores de los otros ámbitos de interacción social, el panorama concuerda como la indefinida copia de modelos foráneos. Y también como mestizaje, tenemos universidades muy variadas: las hay como laboratorios, como tertulias de café, como tiendas de garaje, como foros de discusión, como talleres tecnológicos, como reuniones sindicales y hasta como academias de

elogios mutuos. En casi todos los modelos la tendencia es profesionalista, repetitiva y por ello favorecedora de la memoria a corto plazo. Encerradas entre sus muros, nuestras universidades cumplen en parte la función feudal de otorgar títulos nobiliarios, ahora modernizados, desvalorizados y convertidos en títulos profesionales: Licenciaturas, Maestrías o Doctorados. La moda determina las carreras convencionales del momento, con currículos fijos y sin relación con las necesidades regionales o nacionales.

Aún en los modelos más duros y técnicos, la consigna es: "copia, copia, copia", a pesar de que en la actualidad y a diferencia de las solitarias reclamaciones de don Simón Rodríguez hace dos siglos, muchos sectores de la población reconocen la posibilidad de mirarnos con ojos propios, de valorar nuestra idiosincrasia, de aceptar que tenemos un lugar en la tierra y que no hemos de continuar pagando alquiler por pensamientos ajenos.

Siguiendo una de las penúltimas modas, la universidad colombiana ha creído ciegamente en las especializaciones y por ello favorece el aislamiento entre instituciones, entre áreas e incluso entre asignaturas... Desde su propia ignorancia, cada disciplina se erige en verdadera, ignora la perspectiva de la vecina y privilegia un tipo de razón, un tipo de memoria, un tipo de enseñanza en desmedro de la sensibilidad, de la imaginación, del juego, de la construcción del saber.

Con una fe casi ciega en los métodos, las formas, los modelos, nuestra universidad ha sido capaz de producir ese espécimen absurdo que es la cátedra de Metodologías de Investigación en las que no se investiga nada, en las que se enseña a buscar donde está la luz y no donde están los problemas, como dijera Anthony de Mello.

Es indudable que esta universidad

repetidora resulta inadecuada para el mundo actual y para el mundo nuestro. Un mundo que clama no sólo por aceptar el cambio sino por vivir en el cambio. Un mundo que está realizando la revolución científica y tecnológica más profunda de la historia, que ha empequeñecido el globo mediante comunicaciones ultrarápidas y un manejo sofisticado de la información, que aboga por la competitividad en todos los mercados y que exige nuevos paradigmas organizacionales, mayor flexibilidad, interacción funcional, real participación de los individuos capacitados y como dicen en el nuevo lenguaje, «empoderados» en su institución. Un mundo que, y esto es de capital importancia, ha desarrollado desde los centros de poder un nuevo proteccionismo tecnológico que hará más difícil la competencia para los países menos desarrollados.

América Latina tiene hoy día el reto de equilibrar internamente la equidad y la competitividad, favorecer externamente la cooperación entre sus iguales, creando mercados con menos desventajas, formar sus propios recursos y readecuar todas sus instituciones. Ello supone la titánica tarea de definir los fines, los medios y los contenidos de la educación de acuerdo con los sectores a los cuales vaya encaminada, aceptando que no basta con remodelar el sistema ni con tecnificar los medios: se trata de crear un sistema educativo propio de un mundo en transición, en cambio permanente, el cual, a la vez que se abre a las comunicaciones y a los negocios, concentra el poder económico y concentra cierta información; a la vez que anuncia la muerte de las grandes ideologías, entroniza una nueva; a la vez que rompe barreras geográficas y lingüísticas, evidencia las diferencias y el papel de las minorías.

Aquí conviene pensar en algunas de nuestras características como región, en algo que pudiéramos llamar «la santanderianidad». Nosotros,

subcultura fuerte y definida por rasgos inequívocos en virtudes y en defectos. Pueblo independiente y reservado, fácil para poner en juego su vida pero temeroso de arriesgar un peso de su patrimonio, autoritario y por ello mismo levantisco y enemigo de la autoridad, orgulloso hasta de sus defectos, trabajador tenaz y disciplinado; con un ego grande que se proyecta hacia la familia en el respeto, el orgullo y el honor y hacia sus objetos en la limpieza y el orden; fiel amante de verdades, principios y valores; en nada dado al juego, al cambio, al sueño; pueblo un tanto áspero, poco amigo del detalle, del matiz; región golpeada por la desesperanza y el fatalismo...

Estos sellos de nuestro ser, más o menos desdibujados por la interacción cada vez mayor con otras subculturas, pero de alguna manera persistentes, han de ser tenidos en cuenta al soñar nuestro futuro.

Aunque sea de paso, conviene añadir a esta puntada regional algunas circunstancias económicas preocupantes, dada la previsible pérdida del carácter de puerto terrestre para Bucaramanga por la construcción de la nueva vía entre el centro del país y la costa norte, en parte recuperable en un futuro como enlace con Antioquia y Venezuela. No siendo puerto, Bucaramanga ha de ser centro y no pudiéndolo ser en la industria, su destino se vislumbra más en los servicios. Ya algún economista visionario lo anunció: nuestra ciudad será un gran hospital y una gran escuela... nuestros centros educativos han de mejorar sustancialmente su calidad para hacer posible ese futuro regional... Y ¿en qué podría consistir esa mejoría sustancial?

Voy a utilizar, a manera de pretexto, las seis propuestas para el próximo milenio, formuladas por Italo Calvino a propósito de la literatura... seis valores que el autor italiano consideró urgente defender y que, a mi juicio,

por su carácter visionario, pueden aplicarse a la educación:

LEVEDAD - RAPIDEZ - EXACTITUD - VISIBILIDAD MULTIPLICIDAD - CONSISTENCIA

LEVEDAD:

Una universidad que propicie el pensamiento indirecto, divergente, que disminuya el peso excesivo de las palabras y los discursos y favorezca la sutileza, la penetración, el sentido, evidenciando la supremacía de las ideas sobre los instrumentos, de la ciencia sobre la técnica.

RAPIDEZ:

Una universidad que premie la rapidez mental aunque retarde la ejecución, siguiendo el viejo adagio «Apresúrate lentamente» o como lo expresa Carlo Levi «Si la línea recta es la más breve entre dos puntos fatales e inevitables, las digresiones la alargarán; y si estas digresiones se vuelven tan tortuosas, enredadas, complejas, tan rápidas que hacen perder las propias huellas, tal vez la muerte no nos alcance».

Una universidad que incite a la concentración, a la concisión, que ayude a establecer los nexos y la comunicación entre lo que es diferente en tanto que es diferente, no disimulando sino exaltando la diferencia, sin confundir la metáfora con la identidad.

EXACTITUD:

La universidad ha de superar el uso del lenguaje aproximativo, negligente, anónimo, genérico, plano, promovido por la lluvia ininterrumpida de imágenes que no dejan huella y sí malestar, mediante la exigencia de diseños bien definidos, la evocación de imágenes nítidas, mejorables y el uso

de lenguaje preciso en su léxico y en sus matices.

Una universidad que agudice la observación, la minuciosa descripción del detalle... para llegar a la indefinición del mundo, a la incertidumbre de la totalidad.

Una universidad que propicie en sus integrantes la búsqueda de diversos caminos y que haga de ellos, como se expresara Valéry a propósito de Baudelaire, «demonios de la lucidez, genios del análisis, inventores de las combinaciones más nuevas y seductoras de la lógica con la imaginación, del misticismo con el cálculo, psicólogos de la excepción, ingenieros literarios que ahondan y utilizan todos los recursos del arte».

VISIBILIDAD:

La universidad ha de desarrollar la fantasía, el sueño, la visión, articulando en su doble vía la representación y el verbo, haciendo del conocimiento esa síntesis entre sensibilidad, imaginación y palabra.

Es preciso superar las imágenes prefabricadas, los lugares comunes de algunos medios masivos de comunicación, soñando desde adentro, dejando volar la imaginación espontáneamente, mientras la palabra y la razón dejan sentir su lógica.

La universidad debe reconocer el papel del arte en la ciencia, advirtiendo el valor de lo individual, de lo único, de lo irreplicable, del caso concreto.

MULTIPLICIDAD:

La universidad ha de interpretar la infinitud del universo como una red, como una malla, un ovillo en cuya complejidad de elementos y relaciones se dan los acontecimientos... Ello supone aceptar el conocimiento como conciencia de la exactitud y de la irracionalidad, del carácter inasible del mundo.

Dentro de un escepticismo activo, ha de darle sentido al juego, apostando obstinadamente a establecer relaciones entre los más diversos discursos, métodos, niveles, modos de pensar y estilos de expresión.

Recuperando el sentido de la enciclopedia (poner en ciclos) no pretenderá encerrar la verdad en una figura armoniosa, en una teoría bella, en un círculo cerrado, sino en la fuerza centrífuga que se libera en espirales, en la pluralidad de lenguajes como garantía de una verdad no parcial.

CONSISTENCIA:

Calvino no alcanzó a escribir su última conferencia pues la muerte se le anticipó... sin embargo, me referiré aquí al deber que tiene la universidad de coherencia con el ser de sus protagonistas, deber de ser densa y sólida en la articulada relación de sus sueños, sus posibilidades, sus recursos.

Finalizando estos deshilvanados relámpagos para pensar la universidad del futuro, quiero referirme a tres conceptos extraídos de un artículo de prensa «21 sabios para el siglo XXI» publicado como reportaje al encuentro de sabios promovido en Cartagena

por la UNESCO.

OPTIMISMO:

Hay que sospechar que la vida nos puede prometer algo mejor... en palabras de Umberto Eco, seguir es un dato positivo... el problema de los jóvenes es que no tienen grandes utopías». Hay que apostarle a la paz, la comprensión, la tolerancia.

EDUCACION:

El mundo debe volver la cara a la inteligencia: la educación es la fuerza inspiradora y dinámica que aglutina el espíritu y escapa de la desesperación, hace renacer el gusto por la vida, la igualdad, la comunicación.

El filósofo francés Michel Serres, escandalizado por las enormes desigualdades en el conocimiento, propone un proyecto educativo, una utopía: la Universidad Universal, sin fronteras, un expandir el conocimiento a todos los rincones de la tierra...

AUTONOMIA:

América Latina ha de retomar su posición en defensa de sus propios y auténticos intereses, luchando internamente por la participación, la democracia y la autonomía.

Desde una perspectiva económica, es preciso crear nuestra propia red de monopolios, única salida a la internacionalización de la economía.

Nuestra universidad, como foro de la cultura, ha de proponer salidas para los problemas de la humanidad pero sólo lo haremos legítimamente desde nuestra perspectiva, fundamentados en nuestro propio ser.